XXVI.

—¿Iremos ahora á hacer nuestras compras? —dijo Juana á su padre cuando subieron en el coche que les aguardaba.

—¡Nuestras compras! ¡Nuestras compras! (respondió el Doctor); ¿crees que tengo gana de ocuparme de la canastilla de boda?.... ¡Cuando caen semejantes asuntos de las nubes! ¡Cientos de miles de francos que vienen no se sabe de dónde!.... ¡Cuánto deseo que se ponga en claro este endiablado asunto!

-Pues bien, papá; vamos á volver á casa del notario... Puede ser que haya vuelto.

—No lo esperes...; pero si quieres, vamos. Dieron orden al cochero de que les condujera á la calle de Richelieu, y cuando subían la escalera del estudio, Juana abrazó á su padre, diciéndole con voz melosa:

-Hazme una promesa, papá.

-¿Qué promesa?

—Habla tranquilamente con el notario, y no te incomodes.

-¡Yo incomodarme!¡Si no me incomodo ja-

más! ¡No sé por qué dices eso, hija mía, cuando ahora mismo, en la Urbana, á pesar de la terquedad del Director, que se empeñaba en que yo estaba asegurado, he tenido tantísima paciencia!....

-Pues ten aún más en casa del señor Richard, para darme gusto.

—¡Bueno, hija, bueno!.... Llama, que ya hemos llegado....

El escribiente con quien habían hablado antes, se apresuró á decirles:

-El señor Richard acaba de llegar.

—¡Gracias á Dios! (exclamó el Doctor.) Anunciadle la visita del doctor du Chatel y su hija.

-Está almorzando.

-¡Cómo! ¿Almuerza?

—Sí (contestó el escribiente sonriendo); tiene esa costumbre; pero si queréis esperarle, no tardará.

—¡Bueno, esperaremos diez años, un siglo, si es preciso! ¡Quiero probar que tengo mucha paciencia!—exclamó el señor du Chatel arrojándose en un sillón, como si hubiera de pasar allí su vida.

El escribiente volvió á sentarse delante de su mesa, y tomó un legajo de papeles; pero en lugar de leerle, miraba á hurtadillas á la hermosa joven que la casualidad le enviaba aquel día para distraerle y hacer que no se ocupara de las actas, testamentos y contratos de todas clases.

Al cabo de cinco minutos de espera, el Doctor murmuraba ya entre dientes:

—¡Jesús, cuánto tarda en almorzar ese notario! ¡Cuánto come! Le va á dar una indigestión; y como yo soy el médico que está más cerca, me van á mandar que le cure.

Pero la puerta se abrió, interrumpiendo estas reflexiones, y un hombre todavía joven, y cuyo traje no tenía nada de severo, entró en el despacho, y después de cambiar algunas palabras con el escribiente, que se había levantado á su entrada, se adelantó hacia el señor du Chatel y su hija.

-Os ruego que me sigáis, y me perdonéis por haberos hecho esperar,-dijo cortésmente.

El Doctor iba á responder; pero Juana le arrastró con viveza en seguimiento del señor Richard, haciéndole seña que callara.

Cuando estuvieron sentados los tres, el Notario se dirigió al señor du Chatel, diciéndole:

-Doctor, me felicito por tener el honor de conoceros.

Á estas palabras, el señor du Chatel se indignó.

—¿Cómo de conocerme? Me debéis conocer desde hace muchísimo tiempo, puesto que sois el que paga puntualmente mis primas en esa sociedad llamada la Urbana.

- —No he sido yo, sino mi antecesor.... Yo me he encargado de esta notaría últimamente, y sin duda por eso mi nombre no os ha traído á la memoria ningún recuerdo.
- -¿Qué recuerdo podría traerme vuestro nombre?
- —El del señor Armando Le Forestier, cliente desde hace tantos años de este estudio.
- —¡Ah! (dijo el Doctor.) ¡Anda la mano del señor Le Forestier en todo esto!

Después añadió de pronto, como iluminado por una idea:

- -¿Si será él el que me ha asegurado sin mi consentimiento?
- -No, señor (respondió vivamente el Notario, al que debían haber enseñado muy bien la lección). No ha sido él, sino su madre.
- -¡Su madre! ¡Si se ha muerto hace veinte años!
- -Justo, y vuestros seguros datan de unos meses antes.
- —Á pesar de todo lo que me decís, no he podido entender una palabra.... ¿Queréis darme explicaciones claras y terminantes de todo esto?
- -Nada más fácil; pues mi antecesor me ha puesto al corriente de todo lo que concierne á la familia Le Forestier, que han sido los mejores

clientes de este estudio; por lo demás, á falta de informes verbales, he encontrado entre los papeles un legajo á vuestro nombre.

—¡Ah!¡Tengo mi legajo, para que no me falte nada!

—Sí, y un legajo que no tiene nada desfavorable para vos (observó el señor Richard con una dulzura inalterable). Consta de cartas en que os pondera mucho la señora Le Forestier, con instrucciones muy detalladas y muy completas... Hay además una carta para su hijo, en que le expresa su deseo...; y, en fin, notas de todas clases.

-¿Y qué dicen esas notas, porque creo que tengo el derecho de conocer mi legajo?

-Os las leeré cuando queráis...., y entre tanto puedo resumiros lo que dicen.

-Resumid, caballero, resumid.

-Resulta de las cartas de la señora Le Forestier (replicó el Notario), que habéis dedicado á ella y á su hijo Armando los más cariñosos cuidados.

-Era su médico, me llamaban, y cumplía con mi deber.

—El deber puede cumplirse con más ó menos celo.... En una de las notas que la señora Le Forestier dejó á mi antecesor, declara que sólo vos habéis visto claro en la enfermedad de su marido, y que si se os hubiera escuchado, se habría salvado; pero creyeron deber llamar á otros médicos en consulta, que eran lumbreras de la ciencia, y que en aquella ocasión se equivocaron.

-O tal vez era yo el equivocado.

—No es probable; pues el día en que la señora Le Forestier cayó enferma, no quiso llamar más médico que á vos...., y la curasteis.

-No sería su mal de tanta gravedad.

-Ella le creía más grave.... En cuanto á su hijo....

-¡Su hijo! ¿Me acusa también de haberle salvado la vida?

—Sí, señor... Y dice en una carta dirigida á él, y para que la leyera al llegar á su mayor edad si ella moría antes de esta época, que le habéis dedicado cuidados, no ya de médico, ni de amigo, sino de padre...; que pasabais las noches á su cabecera escuchando su respiración, y tomándole el pulso, sin que os rindiera el sueño un instante...; y añade después: «cuidados como estos no se pagan con nada, y yo no trato de pagarlos».

-Ha hecho bien, porque me hubiera ofendido.

—Solamente, que en la posdata de la carta, dice á su hijo: «El señor du Chatel tiene dos niños, á los que estoy segura que los has de amar y á los que desearía ser útil».

La señora Le Forestier escribía esto, quince días antes de su muerte....

«No les puedo hacer ninguna clase de regalos, porque su padre sería capáz de enfadarse; pero he encargado á mi notario que asegurase á cada uno de ellos por una suma de cien mil francos, que tomarán dentro de veinte años, cuando estén en edad de casarse.... Destino además una renta de seil mil quinientos francos para el pago de las primas.... También he querido unir á estos dos seguros, un tercero de doscientos mil francos, siempre en beneficio de los niños, pero sobre la vida del señor du Chatel. Esta suma no será pagada hasta después de su muerte.»

—¡Pero si no me he muerto! (exclamó el Doctor.) ¿Por qué quieren obligarme á tomar setenta y cinco mil francos?

-Porque estáis también asegurado en caso de accidente. ¿No os lo han dicho en la Compañía?

—Sí, me lo han dicho, y por eso mismo sé que el seguro en caso de accidente, ó sea el seguro complementario, es una creación nueva de la Urbana, que sólo data de hace pocos años, y que, por consiguiente, no ha podido hacer la señora Le Forestier.

-¡Ya lo creo! Como que ha sido mi antiguo patrón quien tuvo esta idea.

—¿Con la colaboración de Armando sin duda?

—No, señor. La señora Le Forestier había calculado que, según vuestra edad, la prima que había que pagar anualmente sería de seis mil quinientos francos, y nosotros habíamos recibido una cantidad con arreglo á esta cifra; pero luego resultó que sólo había que abonar seis mil ciento ochenta francos, quedando un remanente de trescientos veinte francos, que hemos creído deber aplicar á la póliza complementaria... Estos son negocios de notaría, en que el señor Le Forestier no ha tenido participación.

-Sí, sí, comprendo; no queréis que le eche la culpa á él, y le echáis la culpa á la pobre muerta....

-Cuya voluntad nos es sagrada, como á su hijo,-observó el Notario.

-¡Y si yo no encuentro sagrada esa voluntad!¡Si rehuso esos donativos!

-Entonces remitiremos esos doscientos setenta y cinco mil francos á la Caja de depósitos y consignaciones, y el Estado será el que se aproveche de ello.... Tal vez le vendría mejor que á vuestros hijos.

—¡ Eso corre de mi cuenta, señor mío! Entre tanto, hago constar que he sido asegurado sin mi consentimiento. Molière ha escrito: El médico á pesar suyo, y yo á mi vez quiero que sepáis que soy también El asegurado á pesar suyo.

El Notario no pudo menos de echarse á reir, haciendo por fin sonreir á du Chatel, que se calmó un poco, saliendo de aquella casa de una manera menos ruidosa que la primera vez, pues en lugar de salir dando voces, se alejó lentamente del brazo de su hija, que, sin que él la viese, tendió la mano al señor Richard para despedirse y darle las gracias, como había hecho también con el Director de la Urbana.

XXVII

El cochero de Armando Le Forestier preguntó al doctor du Chatel y á su hija dónde tenía que conducirles.

-A casa,-dijo du Chatel bruscamente.

Y subió al coche.

— ¿Entonces renunciamos á nuestras compras por hoy?—dijo Juana, sentándose á su lado.

Su padre le respondió con voz breve:

-¡Sí!Tengo necesidad de reponerme de este golpe.

La joven no creyó deber hacerle observar que el golpe de que hablaba era más bien una caricia de la fortuna.

El Doctor subió trabajosamente y con la cabeza baja los tres pisos que había antes de llegar á su casa, y sin cambiar una palabra con Roberto, que se encontraba en el salón, se retiró á su despacho, sombrío y taciturno.

-¿Qué tiene papá?-preguntó Roberto, cuando se encontró solo con su hermana.

-¿No te lo figuras?

-No.

-¿Ni tienes ninguna idea de lo que hemos recibido esta mañana?

-Ninguna.

- Ni Armando y Clara de Beuvret te han dicho nada?

—Absolutamente nada, hermanita. ¿Qué ha sucedido? Me tienes lleno de curiosidad.

—Ya sabes que papá, tú y yo éramos pobres como Job.

-Como tres Jobs, si acaso.

-¡Bueno!.... Pues hoy somos casi ricos.

—¡Bah! (dijo Roberto sin alterarse.) ¡Es chistoso! Siempre había yo pensado que acabaría por sucedernos eso.... ¿Y á cuánto asciende nuestra fortuna?

—La de papá, á setenta y cinco mil francos, la tuya á cien mil, y la mía á otros cien mil...; pero no es eso todo, pues heredaremos además un día, Dios quiera que sea el más tarde posible, de ciento cincuenta á ciento setenta mil francos, si no he comprendido mal.

-¿Y de dónde nos cae esa lluvia de oro?

-De diversos seguros contra la vida hechos á nuestro favor hace veinte años por la madre de Armando, algunos meses antes de su muerte.

-¡Calla!¡Sin duda por eso Armando ha hecho venir á tu apuesto oficial, impidiéndole que pidiera la separación y reteniéndole aquí!

-¡Ah!¡Tú crees!....

-Creo que nada se opone ya á tu matrimo-

nio. Tienes ahora cinco ó seis veces la dote exigida por la ley.

-Exageras.

—No, porque tienes también que contar mis cien mil francos, que son tuyos lo mismo que míos. Ya sabes que siempre hemos tenido el mismo bolsillo.

-¡Querido hermano!

—¡Ah! (continuó Roberto.) Á ese pícaro de Armando le tengo yo que ajustar las cuentas.... ¡Hipocritón! ¡Haber preparado este golpe desde hace tanto tiempo, y no habérsele escapado alguna palabra!.... ¡Y papá qué dice?.... Según su manera de pensar, no debe estar muy contento.

—¡Oh, no!¡Si supieses qué rato me ha hecho pasar antes en casa del notario y en el despacho del Director de la Urbana!

-¿Y sabes si está decidido á aceptar?

—No sé nada...; y es muy posible que yo me haya adelantado mucho al decirte que éramos ricos.... ¡Si papá rehusase!....

-Aceptaríamos nosotros. Ya somos mayores.

-Sin embargo, si papá no quería....

—Entonces, hermanita, si te lo dictaba el corazón, tú rehusarías con él...; pero yo tomaría los cien mil francos que me corresponden y te los regalaría.... No creas que voy á andarme con delicadezas.... tontas, cuando se trata de tu dicha y de tu porvenir.

-¿Entonces tú crees?....

—Creo que papá consentirá, después que yo le haga algunas reflexiones...; pero aquí viene. Oigo sus pasos: ¡pobrecillo! Sin duda tiene necesidad de consultar con nosotros.

Era, en efecto, el doctor du Chatel quien venía, siempre pensativo y sombrío. Se sentó en el canapé, murmurando estas palabras:

-Hijos míos, estoy profundamente humillado.

—¿Por qué estás humillado?—preguntó Roberto, aproximándose á él y estrechándole la mano.

—¡Ay! ¿No comprendes, hijo mío, que Armando quiere pagar mis cuidados, mi afección por él?

—¡Oh, papá!¿Cómo puedes decir eso? (dijo Juana interviniendo.) Llegarías á confundir á Roberto; pero yo lo he oído todo, y sé que el Notario nos ha repetido muchas veces que Armando no tenía que ver en todo esto.... Vamos, sé justo: cuando la señora Le Forestier tomó esas disposiciones que tanto te hieren, él era un niñito á quien no podía consultar.

—Sin duda (continuó Roberto), y más tarde habrá sido el consejo de familia, ó el tutor, los que habrán decidido que era preciso ejecutar los contratos hechos con las Compañías de seguros.

-Pero Armando ha sido mayor un día (re-

plicó el Doctor), y hubiera debido prevenirme.

-No (dijo Roberto, con voz firme). Su madre no te había dicho nada, y él ha creído deber obrar del mismo modo.

-Entonces, ¿tú lo apruebas?

-Enteramente, padre mío. Yo hubiera hecho lo mismo que él.

—¡Pues bien; yo no lo apruebo!¡Ha venido á turbar mi dichal.... Si yo le he cuidado, si le he querido como á un hijo, ha sido con desinterés.

-Sí, papá; pero entonces no sabías nada.

-Lo sé ahora.

--Pues bien (dijo Juana); deja de quererle..., si puedes.

El Doctor quedó pensativo algunos instantes, hasta que por fin dijo:

-Entonces, ¿vosotros aceptáis?

—Si nos lo permites, sí (dijo Roberto; y añadió): Ya sabes que en más de una ocasión he tenido apuros y he necesitado dinero. Pues bien: Armando me ha ofrecido sus servicios, y yo los he rehusado siempre. A ti no te ha ofrecido nunca nada, porque te conocía bien...., y en cuanto á Juana, por una cantidad relativamente modesta que nos faltaba, y que él la hubiera dado con tanto gusto, renunciaba á casarse....; pero hoy no es lo mismo. Nuestro amor propio, nuestro orgullo, ó nuestra delicadeza, si te parece mejor, no tienen nada que ver en esto. Una señora res-

petabilísima, que ha muerto hace tiempo, ha querido asegurar nuestro porvenir, y seríamos culpables al no respetar su pensamiento, al no cumplir su voluntad.

—Sea; aceptado (dijo el Doctor): sois libres, y quizá tengáis razón; pero el pensamiento de la señora Le Forestier era que sólo cobraseis dos cantidades: doscientos mil francos á plazo fijo, y otros doscientos mil después de mi muerte; por consiguiente, yo puedo renunciar los setenta y cinco mil francos que me ofrecen hoy, sin dejar de cumplir la voluntad de la muerta.

—Permitidme haceros observar, padre mío, que si tomáis esta suma (dijo Roberto), no la tiraréis por la ventana, sino que sólo gastaréis la renta, y el capital nos quedará más tarde.

—Y yo añadiré (replicó Juana), que esa renuncia parecerá censurarnos por haber aceptado, y herirá á nuestro hermano Armando.

—Pero si yo acepto (dijo el Doctor, medio vencido), tendré que darle las gracias.... ¡Darle las gracias por haberme causado tanta pena, por haberme!....

-No, padre mío; no tienes que darle ningunas gracias... Sólo su madre tiene derecho á nuestro reconocimiento.

- Y cómo vamos á demostrárselo ahora?

-Como se les demuestra á los muertos (dijo Juana). Mandaré hacer esta noche tres grandes coronas...., que sean muy hermosas...., en las que gastemos, si es preciso, todas nuestras economías...., y mañana, los tres juntitos, sin decir nada á nadie, nos iremos al cementerio del *Père Lachaise* á depositar nuestra ofrenda en la capillita que Armando ha mandado edificar sobre la tumba de su madre.... ¿Qué te parece, papá?

-Me parece bien, puesto que vosotros lo queréis, dijo du Chatel, enjugando una lágrima que brillaba en sus ojos.

-¿Lloras?-dijo Juana, abrazándole.

—Sí....; Pero de rabia contra esas Compañías de seguros que vienen á introducir el disturbio entre las familias!....; Cuando pienso que tendremos que volver á esos despachos para aceptar el talón del Banco!

—Si eso te incomoda, yo me encargaré de todo (dijo Roberto), sin que tengas que darme más que tu firma.

—No les hará mucha gracia verte por allí, papá (añadió Juana, riendo), porque trataste de un modo al pobre Director de la Urbana, á pesar de ser con nosotros tan fino y tan amable....

-¿Conque le traté mal? ¿Y al Notario?....

-También al Notario...; pero.... no tanto.

-Entonces tendré que ir á excusarme.

-¡Oh! No hay necesidad (replicó Juana). Ya les dirigí yo, sin que lo notaras, algunas disculpas en tu nombre..., y, además, habrán com-

UNIVERSIDAD DE RUGAD LIVA BIBLIOTECA URANA MANI "ALFONAO REVIS" bada, 1625 MONTERREY, MEXICO prendido la natural indignación de un pobre asegurado á pesar suyo, como dijiste que eras.

El doctor du Chatel sonrió, guardó un instante silencio, y después dijo, dirigiéndose á su hija:

- -Serás dichosa, hija mía; vas á poder casarte.
- -Si tú me das tu consentimiento, papá....
- —Nunca te lo he negado yo, sino la ley. ¡Ah! ¡Si vieras cómo me atormentaba esa idea á todas horas! Por el día no pensaba en otra cosa, y por la noche me despertaba diciendo: «Si yo la hubiese asegurado cuando nació, ahora tendría una dote de cincuenta mil francos, que apenas me habría costado nada».
- —Pues bien: otro ha hecho lo que tú no has podido hacer.
- —Sí; à pero sabes lo que estoy pensando ahora? Que me temo que he sido yo el que di esa idea á la señora Le Forestier.... Siempre estaba yo hablando de seguros contra la vida en interés de los hijos, ponderando las ventajas que esto tenía...., hasta que la llamé la atención, haciendo que sustituyera al padre de familia imprevisor...., y que, además, no tenía medios.... Delante de ciertas personas, nunca debería uno decir lo que piensa, porque al momento lo cogen todo....; pero no hablemos más de ello.... Mañana iremos los tres al cementerio del Père Lachaise...., y sobre todo, hija mía, que las coronas sean muy hermosas.

XXVIII.

Hacia las cinco de la tarde de aquel mismo día, avisaron á Juana du Chatel, que se había retirado á su habitación, que la señorita de Beuvret deseaba verla, y la esperaba en el salón. En cuanto lo oyó Juana, se apresuró á reunírsela.

—Vengo (la dijo Clara) á pediros hospitalidad. Hemos venido á París mi padre y yo, y como papá tenía que hacer, me ha dejado á la puerta de vuestra casa, con la esperanza de que no os importaría tenerme aquí un ratito.

Juana la cogió las dos manos, y la dijo sonriendo:

- ¿ No habéis venido aquí más que para aguardar á vuestro padre?
 - -Sin duda.
- —¡Oh, no mintáis! Porque el rubor os hace traición en seguida. Igual me pasa á mí; no sabemos mentir.... Vamos, voy á ayudaros á decir la verdad.... Debo esta agradable visita á vuestro prometido, que os ha mandado hacerla.
 - —¿Creéis?....
 - -Estoy segura.... Armando está deseando sa-